

El Viaje

EDICION EXTRAORDINARIA



Estampas

DEL CAMPO CHILENO

Por LUIS DURAND

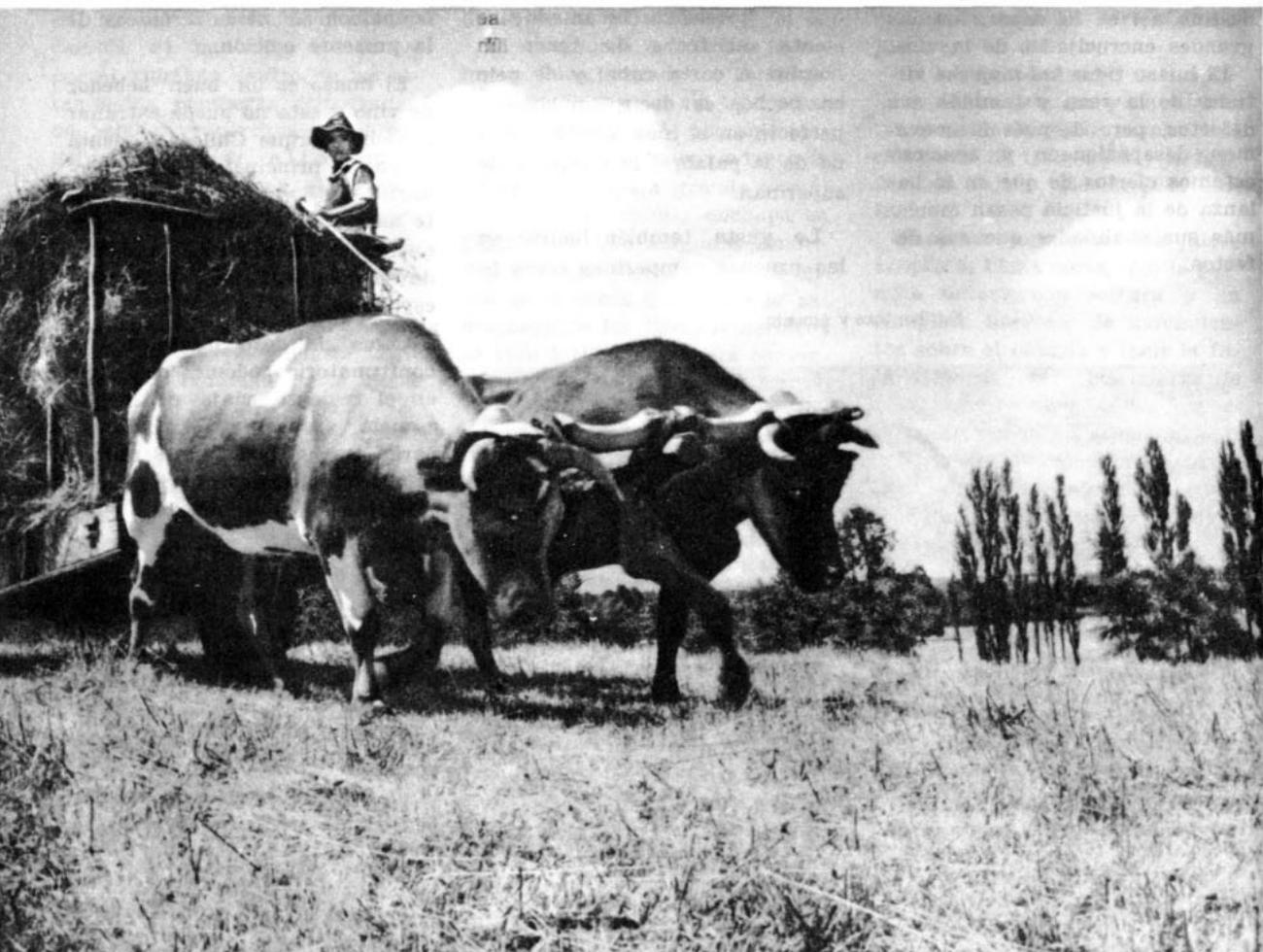
DIFÍCIL tarea es tratar de definir en síntesis apretada de contenido expresivo lo que es el campo chileno, destacando lo que hay en él más representativo y vital. Arrancar del corazón de la raza, si ello fuera posible, su esencia más genuina, su rasgo más auténtico. Mostrar con certera comprensión el matiz predominante de la tierra chilena. Desiertos, cordilleras, valles y dilatadas estepas ofrecen en la naturaleza de Chile los más variados accidentes. En el norte el campesino vive estrechado por el desierto que arteralmente va devorando el oasis donde crecen las higueras y las cepas que dan racimos de miel en rincones edénicos. Pisos de Elqui y del Huasco. Frutas secas de persistente aroma y vinos licorosos, cuya calidad

expresa con elocuencia lo que son esas tierras de sol.

Pero no es allí donde encontramos el nervio de Chile, donde podemos tomarle el pulso a la raza, donde brotó su pujanza y su expresión vernácula, donde el chileno se define como tipo racial. El campo chileno, la tierra del huaso es el gran valle central donde galopa en su ágil caballo, por entre las alamedas, cruzando los campos talajeros, o a lo largo de las sementeras que allá en Malleco y Cautín extienden su manto de oro en los días de verano.

El huaso y su caballo son la nota más expresiva del paisaje de Chile. La carreta da una sensa-

ción elocuente de las características de la tierra. Enorme y de altas ruedas, tirada por tres o cuatro yuntas, va despaciosamente por los caminos del centro de Chile. La hemos visto junto al ancho portalón de las casas de una hacienda, llena de fardos de pasto, de sacos de cereales, o repleta de rubios melones o atigradas sandías. Es como un símbolo de la tierra fecunda cruzada por canales de regadío y cultivada con amoroso desvelo. Camino de la estación más próxima se lleva la substancia del llano que va a nutrir al hombre de la ciudad que gasta su energía en una oficina, junto a la lamparilla eléctrica que le calienta el seso. El carretero camina a la vera de los bueyes grandes y gordos de la hacienda. Y de pronto, aburrido de oír el



rumor del campo que para él ya no tiene encanto ni novedad, suelta como un chorro abrupto su voz desafinada para cantar:

... la vidá, la vidá que lindo fuera la vidá,
que todo sueño dulce,
ayayay, cierto saliera...

Chirrian las enormes ruedas en donde los bueyes con la cerviz recogida, el ijar palpitante y los músculos distendidos entierran las pezuñas en la polvorienta huella del camino. El carretero calla un instante para rezongar una maldición y luego, requiriendo la picana que lleva una borla roja en el extremo, pica al buey mañero que aprendió a sacar el cuerpo, dejando el mayor esfuerzo a las yuntas que van cuarteando:

¡Erre, Florío... Te, te, teeza, Moscardón!...

Silban en sus pitos de cristal los zorzales columpiándose en las ramas más altas de los álamos que el otoño va convirtiendo en esbeltos y rubios adolescentes que no se cansan de entregar al vientecillo inquieto el musical mensaje de sus hojas. Más allá hay un puente de viejas maderas que se estremecen reciamente cuando la ancha carreta rueda sobre él. Y en un recodo un sauce extasiado se mira en el agua del estero y más allá unas pataguas, remanso de fresca, donde una yegua alazana, teniendo a su potrillo junto al flanco, dormita quien sabe si soñando otra vez con el relincho apasionado del potro tordillo de negra crencha y de ojos dominadores que la poseyó.

—¡Cómo le va, pues, doña Filomena!... Felices los ojos que la ven.

—A lo propio, don Feliciano. ¿La comadre quedó alentá?

—Asina, asina. Entre verde y seco no más. Has tao lo más amolá con unos tremendos dolores a los huesos.

Los bueyes siguen caminando lentamente. Sus flancos húmedos adquieren un matiz tierno en la vislumbre del sol a través de los álamos. Entonces Feliciano los chista suavemente, para no perder las palabras de su comadre que está lavando el mote en la orilla del estero:

—¡Chiiist... Bandera, Solimán... tiiza!

—Pase a refrescarse con un pocillito de mote, pues, compaire. Viene bien pal bochorno.

El hombre, de soslayo, echa una mirada al sol y como buen campesino no acepta inmediatamente la invitación.

—Vamos atrasaones, comadre. Y p'allá nos toca repechar.

—Cuarteando no se ilata, on Feli. Lleva buenos bueyes.

Junto a los corredores se enredan en los postes las madre selvas. Y en tarros pequeños hay matas de cardenales, de claveles y de albahacas. Y más allá está la huerta con sus melgas de cebollino, de repollos, de lechugas, y sus tiernos praditos de cilantro y perejil. Bajo un cobertizo casi derruido ronca un chanco amarillo. En la trompa le brilla un pedazo de lata que le han ensartado para evitar que hoce, y en el vientre muestra las huellas de la cuerda con que estuvo amarrado durante mucho tiempo. Feliciano observa:

—Se han criado bien sus pavos, doña Filomena.

—No han andao mal, compaire Feli... ¿Le gusta con azúcar el mote?

Cuando le alarga el vaso, parece que está lleno de pepitas de oro. La lejía ha barnizado los granos que don Feli devora con gozosa avidez. Los bueyes, entretanto, se azotan los flancos con la cola espantándose los tábanos que les hostigan sin cesar. Después Feliciano empuña de nuevo la garrocha y se va lentamente bajo las alamedas, cuyas hojas se van tiñendo de oro pálido. En los ranchos cantan los gallos y sobre los techos ríen los dientes amarillos del maíz y los capis del ají que abrasa la calidez de los últimos soles de otoño.

* * *

—¡Malito, malito!

—¡Hoombri! Hórcate, mañoso...

Junto a la vara, las bestias están cruzadas en un duelo silencioso. Se estrian de sudor las poderosas ancas, mientras los remos se recogen en esfuerzo supremo, tratando de que los cascos no se muevan del sitio en donde se afirmaron. Los jinetes rodajejan lentamente el flanco de sus cabalgaduras, animándolas con voces que tienen a la vez acentos de caricia y de dominio. El ancho guarapón metido hasta las cejas y el fiador apuntalado bajo el labio inferior. Sobre los hombros, el cha-

manto doñihuano que muestra el capricho de sus dibujos, prodigio de gracia y de color. Desde los potreros llega en oleadas tibias el aroma de los pastos maduros y, a ratos, el canto de una lloica que salpica de poesía agreste la escena.

Sentados en los tranqueros o sobre largas bancas, a la sombra del corredor, los asistentes siguen las fases de la escena sin perder ninguno de sus detalles. Allí, "comiéndose el varón", están la "Espuma" y el "Clavel", las mejores bestias topeadoras de la comarca.

Filemón Albornoz, admirador apasionado del "Clavel" sigue con nerviosa inquietud sus movimientos, con especial atención, cuando éste levanta los cascos para afirmarse mejor. Las rojas testeras que adornan la frente del caballo, bajo el gracioso mechón, se han ido humedeciendo y se destacan como un trarilonco indígena que evoca la llamarada de las flores del copihue, cuando tiemblan en la penumbra de la selva. Filemón, excitado, pondera las cualidades del animal que es un soberbio caballo overo, tan bueno para dar vuelta a un toro en medio del campo, como para enfrentarse con la "Espuma", la bestia de más corazón que naciera en la hacienda.

—Es mucho caballo ese pa la "Espuma" —dice Albornoz. Bestia sin ningún resabio, mire. No sabe lo que es volverse p'atrás. Tendrían que llevárselo en peso. La yegua es güena, no se puede negar, pero no tiene cuerpo pa ese manco. Si es un perro bravo. Miren, miren cómo se recoge. Ey es cuando da el apretón fuerte.

Los hombres saben que se acerca el momento álgido. Las espuelas tintinean traduciendo la nerviosidad que acelera los latidos del corazón. El sol resbala como una serpiente por encima de las botas rojas de los dos jinetes que, con el cuerpo en escorzo, se inclinan sobre la vara, tratando de aliviar a las bestias que, en su duelo impresionante, comienzan a jadear, con cierta angustia de motor a alta presión.

—¡Yegua vieja de Los Lirios!

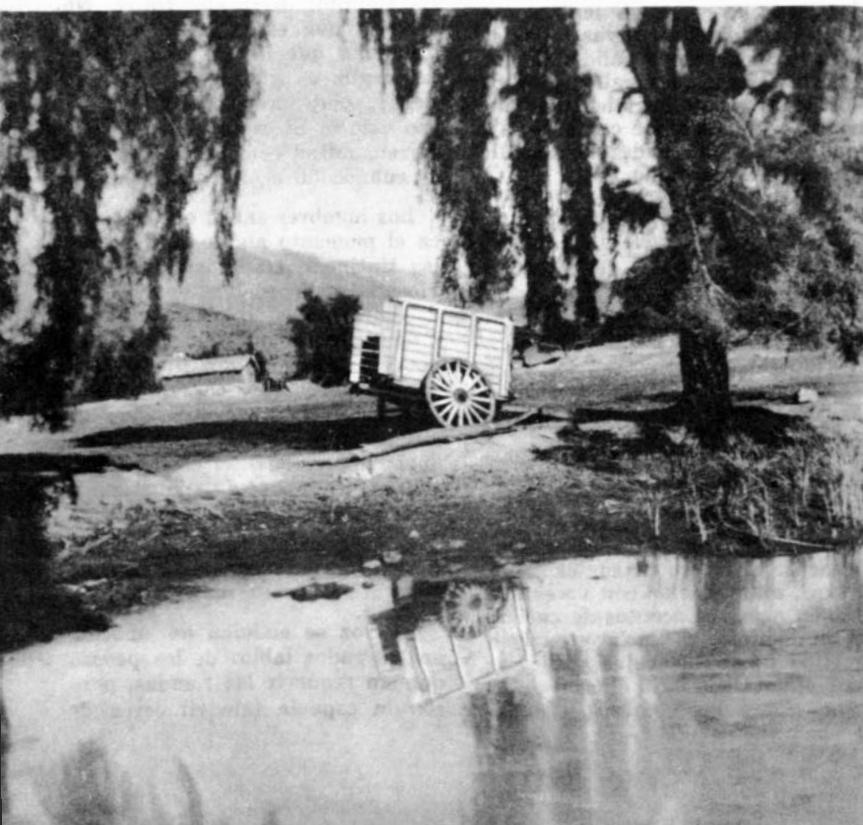
—¡Manco malo, manco malo!...

La voz se endulza de emoción en los rudos labios de los peones que sin requerir las riendas, pero con la espuela inmóvil cerca de



Típico paisaje chileno (Región Central)

Carreta en la zona nortina de Combarbalá



los ijares, tratan de comunicar todas sus energías a las bestias que parecen ahorcarse encima de la vara. Y es de pronto el "Clavel" el que aparta su anca colorada y blanca de la vara, pero sin sacar el pecho que sigue adherido al madero. Entonces el jinete de la "Espuma" rodajea a su bestia palmeándola en la tabla del cuello y animándola con un grito energético.

—¡Allá va la "Espuma", allá va la "Espuma"... Afírmate, yegüita!

Pero el caballo pinto no se deja dominar aún. Levanta el hocico para respirar un instante y es entonces un arco tenso, próximo a dispararse. La yegua acomoda las patas de atrás y se queja sordamente. Un río de sudor la inunda. Una hábil maniobra del jinete hace apartarse al "Clavel" que retrocede un segundo para afirmarse de pronto con fiera de toro enfurecido y llevarse por delante casi en vilo a la hermosa yegua de ébano que se estremece entera, barnizada de sol y de sudor.

—Por las remadres, on Seferino —grita Albornoz enloquecido de entusiasmo—, ese sí que es



Hombre de campo atravesando un puente de madera

caballo, miércoles... ¡Y la "Espuma" es mucha yegua también, es una yeguaza, patrón, por las setenta mil vírgenes de nuestro padre Adán!

Los soberbios caballos pasean por el ancho recinto su poderosa fatiga. Desde un boldo, cuyo tronco está en la ladera, otra lloica con el pecho de fuego al sol vuelve a lanzar su graciosa tonada: Chiuu, chiuchirriuuu!... Y entonces la tarde vuelve a saturarse de poesía y de dulzura. Entre tanto, en el corredor, las cantoras han soltado el chorro agreste de sus voces que hablan de amores, de ausencias y de olvidos:

*Queridó, queridó vente a mis
[brazos,
la vidá y hasta cuando
me querís tener penando...*

Chicha rubia que se desborda de los vasos que van de mano en mano. Morenas empanadas recién salidas del horno esparcen sus apetitosa fragancia. Bajo la sombra amable los hombres comentan las incidencias de la faena, en que la "Espuma" ha demostrado su calidad. Juan Inostroza revuelve por el callejón su potranca picaza, proclamando sus cualidades de rienda y de empuje:

Jolgorio campero





En la selvática región sureña

—Es hija del “Trueno”, la porranca ésta, pues, patrón. Del mismo padre del “Clavel”. Tuavía no le he puesto freno pa que no se resabee, pero es más atenta que un melico pa obedecer con el puro jaquimón.

Desde el corredor se oye la voz de don Ceferino Urrutia, el dueño del “Clavel”, que está más alegre que una campana en día de bautizo:

—Oiga, pues, doña Flora. Ahora mismo me tiene que cantar las diucas, porque en la de no, capaz que endilgue con el “Clavel” y me la lleve por delante de la montura.

—Naita de malo estaría, pues don Cefe. Tuavía queda mucho monte por estas orillas —apunta Inostroza, guiñando el ojo. Doña Flora, una morena de carrillos encendidos con dos uvas relucientes en los ojos, ríe feliz.

—En tan buen caballo, quien dijo mío, pues, don Cefe.

Alza la guitarra, afina la voz y comienza:

*Estaban las diucas cantando
arriba de unos perales,
y no me dejan dormir,
estos malditos zorzales.*

*Abran quincha, abran cancha
por l'orilla del cerro e Playa An-
[cha,
por aentro e l'oreja e la plancha,
por debajo e la cola e la chancha.*

—Esa es la ley, mi alma —grita Albornoz, que ya tiene los ojos encandilados, ofreciendo un trago a la cantora:

—Se l'hago, pues, oña Flora.

—Se la pago, pues, on Albornoz.

Entretanto, las mozas en el corredor hacen trinar las cuerdas de las guitarras. Son caricias que el viento de la tarde se lleva como el latido del campo por donde pasa el alma de la tierra, repicando en el corazón de todos los presentes. Carraspean las muchachas y en el momento en que Felipe Contreras saca a la Chayo Inostroza, alzan la voz cálida y apasionada:

*En Santiago... En Santiá...
go cantó un gallo.*

*Y en la Se... y en La Serena
se oyó.*

Vibran las espuelas sobre los altos tacones, ondean los pañuelos como llamaradas fugaces. La Chayo, con la falda desplegada como un abanico, se adelanta entregando el pecho y la mirada provocadores. El hombre la envuelve en el hálito ardiente de sus deseos, atrayéndola con su pañuelo que es como una serpiente fascinada por el hechizo embrujador de la mujer.

Albornoz gana las tres mitades con furioso entusiasmo. De pronto se detiene para gritar:

*Cómetela perro, llévala pal cerro,
échale los perros, pégame con fierrooo...*

Afuera, en el corral, los chiquillos imitan a los grandes:

—¡Yegua vieja e Los Lirios!

—Manco malo, manco malo...

L. D.